

Fernán Caballero. *Obras escogidas*, Edición, introducción y notas de Mercedes Comellas. Sevilla: Fundación José Manuel Lara. Clásicos Andaluces, 2010, 620 pp.

Este volumen vigésimo séptimo de la colección Biblioteca Clásicos Andaluces promovida por la Fundación José Manuel Lara desde 2002, verdadero *tour de force* editorial coronado ya y sin cumplirse aún los diez años de aquella iniciativa por una treintena de títulos, constituye una aportación de singular valor a ese rico venero poligráfico en el que no faltan muestras conspicuas de labor irreprochable, textos y autores que ven, en manos de rigurosos editores, ensanchadas sus posibilidades interpretativas y contribuyen a acrecentar el conocimiento de una producción intelectual y artística de relevante mérito. En tal ámbito, cobra aún mayor trascendencia el trabajo realizado por la profesora Mercedes Comellas, de la Universidad de Sevilla.

Estamos, en primer lugar, ante una edición crítica de rigor extraordinario. Los textos de Cecilia Böhl de Faber, Fernán Caballero, aquí reunidos en selecta, interesante y novedosa antología –además de *La Gaviota*, *Una en otra*, *Un servilón y un liberalito*, o *tres almas de Dios* y *La hija del sol*, todos aparecidos en 1849, salvo el último, en 1855, dos generosos Apéndices recopilan ocho prólogos y nueve cartas, una de las cuales es directamente traducida del alemán por la editora– se ofrecen fiables, fijados con aquilatada solvencia filológica, con el aparato crítico correspondiente minuciosa y contrastivamente plasmado. Pocas veces es tan pulcra una edición, tan esmerado un esfuerzo. Pondera Mercedes Comellas, y ello da idea de la magna tarea a la que se ha enfrentado, la necesidad de acometer una edición crítica dados «los problemas filológicos, editoriales y de ecdótica que presenta la obra de Fernán Caballero, [y que] aunque hayan recibido poca atención y resulten menos atractivos para sus comentaristas que su condición psicológica, no tienen menor envergadura: gran parte de su obra fue escrita en francés y algunos títulos importantes en alemán; sus manuscritos originales no pueden consultarse y contamos sólo con traducciones en muchas ocasiones de colaboradores y amigos de las que sí sabemos que se mostró poco satisfecha. El permanente descontento con las versiones que fueron publicándose de sus narraciones y que expresó copiosamente en sus cartas, le llevó a revisar y variar los textos en las distintas reediciones de su muy abundante obra, creando un corpus textual extremadamente complejo en el que resulta difícil distinguir las enmiendas propias de la autora de las que incorporaron sus consejeros y traductores» (p. XVII).

Que dichos textos sean de autoría de Fernán Caballero (1796-1877) y respondan a heterogéneas disposiciones narrativas y que sean presentados y examinados pormenorizadamente gracias al exhaustivo dominio de la obra de Cecilia Böhl de Faber que atesora Mercedes Comellas, experta conocedora de la literatura alemana y, en particular, de su fecundo romanticismo, son atractivos de este libro que garantiza una experiencia lectora y estudiosa capaz de deparar nuevas propuestas epistemológicas, nuevas vías de acceso a los entresijos de una escritora históricamente sometida al estereotipo o al marbete reduccionista (mojigata, santurrón, reaccionaria...). Aplaudimos la inserción de los dos apéndices –el aporte prefacial y epistolar– en tanto perfilan con mayor acuidad el acendrado sentido de lo narrativo y la perentoriedad con que quiso solicitar Fernán de valedores y amigos –críticos las más de las veces bien situados en la república de las letras, muchos de ellos académicos– un lugar pionero tácticamente reclamado asimismo en instancias paratextuales y documentos personales aquí sabiamente aducidos y anotados. Las primeras, «de enorme interés para comprender sus motivaciones y su poética narrativa», obedecen a un planteamiento de sumo interés que sabe ver en esas antesalas de la novela algo que algunos literatos dieciochescos ya vieron, un espacio de autoconfesión estética que delinea los trazos maestros de la novela, en su caso de «un modelo de realismo del que se sintió pionera» (XLXV); los segundos son testimonio directo y sin tapujos de los procedimientos de proyección de sus obras

mediante solicitudes –no se oculta su talante «pedigüeño»– que promocionen en determinadas publicaciones de salida inmediata sus textos, ya sean novelas, relaciones u otros.

Buena parte de las propuestas de que es vehículo esta espléndida edición se incardinan en un muy loable espíritu crítico –de honda sabiduría y presto siempre a precaver posibles discrepancias– en la magnífica «Introducción» que se despliega a lo largo de 177 páginas de enjundiosa e interesantísima lectura. Se abre esta con una declaración de intenciones que la obra permitirá verificar por su aplicabilidad y plausibilidad: «Revisar a Fernán Caballero». Bien se asevera que «pocos autores han dado lugar a tanta polémica y división de opiniones como Fernán Caballero» (p. X). En ese necesario desvelamiento de la autora hispanoalemana va haciéndose patente una serie de particularidades: «sin nacionalidad definida y en situación poco ortodoxa socialmente, emparentada con la aristocracia y la alta burguesía de negocios, pero en muy precaria situación económica durante sus años de éxito literario, de sexo femenino pero identidad literaria masculina, de formación romántica y asociada a los prolegómenos del realismo, vivió atravesando fronteras y sin encontrar acomodo en ningún sitio. Si algo la define es la contradicción, manifiesta en todos los aspectos de su condición y de su obra: dijo situarse al margen de la política pero escribió las primeras novelas con fuerte presencia de temática política; afirmó que las mujeres debían mantenerse ajenas al ejercicio intelectual, pero se entregó con ambición a la vida literaria; se definió romántica y abominó del Romanticismo; escribió gran parte de su obra en francés pero pretendía crear la nueva novela española y enseñar a Europa la verdad íntima de España; fue de un severo puritanismo pero convirtió el adulterio en tema obsesivo de su narrativa, además de que su vida amorosa no fue precisamente la de una beata: cuando empezó a publicar estaba casada con su tercer marido, Antonio Arrom, veinte años más joven que ella, haciendo con eso honor al nombre heredado de su abuela paterna» (p. XII).

Enormemente susceptible a las críticas, desdeñosa de sus contemporáneas isabelinas, su personalidad solo puede urdirse tras una frecuentación indagatoria de sus testimonios epistolares y sus paratextos, verdaderos conformadores de una poética narrativa llena de tanteos en la que son pilares la investigación, el análisis y el estudio psicológico y, por ende, arrumbados aquellos inherentes al discurso «femenino», sentimental y romántico. Considerada más «antigualla que pionera, lo que puede tener sentido desde una interpretación política o ideológica, pero no tanto desde la perspectiva estética y literaria» (p. XVIII), esta obra pone el acento en la segunda, la que verdaderamente decide la pervivencia de un autor, su vigencia de clásico. Ahí reside el meollo de esta edición, que explora con inusual acierto el contexto europeo ineludible en el que se inserta la obra fernandiana.

«Ideología y novela. La identidad de España» es el segundo epígrafe, destinado a justipreciar la tensión histórica que proyectan las novelas ambientadas en el pasado reciente y regidas ya por el deseo de parecer verdaderas en virtud de la transformación del concepto de mimesis, antes limitado a la imitación de la naturaleza. Comellas no duda en rastrear los debates en torno a la novela, tan intensos entre 1834 y 1868, en un periodo a menudo silenciado a estos efectos en gran parte merced a la labor iconoclasta de los restauradores de la novela que serán los escritores realistas. Lo decisivo será, a no dudarlo, el apoyo de sus compañeros de cruzada y entusiastas (Ochoa, el duque de Rivas, Fermín de la Puente, Mora, Cándido Nocedal) pero también el juicio de sus detractores. Sin ese aval académico hubiera sido difícil traspasar los filtros, erigirse en escritor utilizando las técnicas de sus enemigos pero en sentido contrario. Evitar el individualismo, serenar los conflictos, divulgar ideas útiles y didácticas es la nueva senda de la novela que combate, en pro de la regeneración moral, el Romanticismo. Conciliación nacional que se ancla en el moderantismo, que no carlismo, de la autora. Antes que Galdós, defendió las clases medias como protagonistas de la novela: «Obviamente la sociedad de las obras de Fernán Caballero no es aún

la de los maestros del Realismo, ni podía nuestra autora contar con los recursos narrativos de aquellos que vinieron años después. Pero sí es posible encontrar en varias de sus novelas fundamentales el interés por buscar para aquella clase, con ánimo aún extremadamente docente, una caracterización y una posición en la nueva sociedad. Y sobre todo por dotarla de una identidad moral y cultural que superase la meramente dineraria» (p. XLI). Los ambientes rurales o de pequeños núcleos de población son los predilectos, sin embargo, a diferencia de la novela del Gran Realismo.

«Como Balmes y Rivas proponían, y como había aprendido de su padre, era lícito usar las mismas técnicas que empleaban sus enemigos, sólo que en sentido contrario: si Sand, Sue y Soulié incluyeron la 'ponzoña' de sus 'predicaciones filosóficas y socialistas' –escribe en carta a Cañete de 1857– habrá que esparcir en las buenas novelas el 'humilde contraveneno' de la religión» (p. XXXI). Fernán será un miembro más de una estirpe de novelistas europeos que activamente postulan una regeneración moral más que por influencia de Rousseau, en el caso de la autora de *Una en otra*, por el ascendiente de Novalis: «el paraíso de Fernán Caballero no es un territorio natural e instintivo, sino el resultado del aprendizaje en la religiosidad cristiana» (p. XXXVI).

Mercedes Comellas va hilando muy fino en el afán de restituir el papel pionero de Fernán, que Wolf ya le atribuyó en el realismo español en temprana reseña foránea de 1859 (vid. p. 573n78), y el siguiente epígrafe «La poética narrativa de Fernán Caballero: buscando una novela española», con sus dos interesantísimos subapartados: «Las teorías alemanas de la objetividad» y «Poetizar la verdad», constituye, ciertamente, el eje central de su tesis, acaso el más depurado análisis de los nutrientes que fueron cuajando en el ideario novelístico de la escritora. Ni su supuesto adanismo ni un vicario papel respecto de la figura paterna explican suficientemente el proceso y la conformación de una poética que cuaja en un período especialmente cambiante y sin que la influencia del romanticismo alemán pueda constituir por entonces un asidero reseñable en ninguna otra figura coetánea. Como apunta la editora, sin ánimo de otorgarle un lugar exclusivo, con tino, aunque sí la coloque en el punto de mayor excelencia y ello pueda depender, en parte, de razones valorativas que infravaloren otras escrituras –más partidarias del folletín y *malgré lui* de la sátira– como la de Salas y Quiroga, «España tardó en asumir las novedades europeas y fue precisamente Fernán Caballero uno de los nombres que más contribuyó a ese proceso» (p. XLVIII). La modalidad de la novela de costumbres será la opción que elija para consolidar la novela que mostrara el carácter nacional y que sirviera a la nueva sociedad como fórmula de análisis y modelo moral, más allá del mero entretenimiento a aquella tan asociado. Había que luchar contra el desinterés de un público que pedía traducciones como único alimento novelístico, como bien ha demostrado Elisa Martínez López. Empresaria y creadora a un tiempo, Fernán se da cuenta de la urgencia de combinar ambos designios y articula una red de amistades, políticas y académicas que la protegen y la avalan editorialmente. Arma de doble filo, esa urdimbre explica sin embargo la cascada de publicaciones de 1849.

«Hay que romantizar el mundo. Así se recupera su sentido originario. Romantizar no es más que una potenciación cualitativa. En esta operación, lo más bajo adquiere el rango de lo más elevado. Nosotros mismos podemos ascender en esa gradación cualitativa. Esta operación es aún ignorada por completo. Se trata de dar a lo corriente un sentido superior, a lo vulgar un aspecto misterioso, a lo conocido la dignidad de lo desconocido, a lo finito una apariencia infinita: así es como se romantiza todo», así definió Novalis (1772-1801) –quien proclamó también que hay que volver a la «antigua fe católica»– la sensibilidad romántica, término que hasta ese momento significaba sólo poético (y así lo recuerda Antonio García Vila en su reciente reseña del libro de Antonio Pau, *Novalis. La nostalgia de lo invisible*, Madrid, Trotta, 2010, en *Revista de Occidente*, nº 364, septiembre 2011, p. 148).

Es una de las aportaciones más innovadoras de este libro, delicadamente impreso en Sevilla, el hecho de poner de relieve la actitud experimental de Fernán en el pergeño de la novela de costumbres. Desde 1834 venía practicándose un tipo de novela que consistía en una mera sucesión de estampas; dicho mecanismo episódico está también representado en la obra de Fernán pero no es precisamente el que más la enaltece sino aquel otro, más elaborado y reflexivo, en el que la estructura es sometida a operaciones constructivas más complejas. Es el caso, muy evidente, de *Una en otra*. Con independencia de que pueda ser matizada alguna de las conclusiones a que llega Mercedes Comellas, esgrimiendo el peso específico de otros novelistas de aquel segundo cuarto del siglo XIX, lo cierto es que del análisis de la obra puede desprenderse alguna afirmación de este tenor: «Ninguno de sus contemporáneos hizo ese esfuerzo tan extraordinario y tan valioso en la voluntad de experimentar y al tiempo de explicar su obra, de distinguir entre las distintas fórmulas que ensaya, sin cejar en la búsqueda de términos apropiados para denominarlas, planteando cuestiones como el papel de la *inventio* y *dispositio* en el proceso creativo y debatiendo con las tendencias, los ensayos críticos y los postulados de su tiempo. Habrá de llegar la generación siguiente para encontrar autores con esa conciencia de su quehacer, que estén comparándolo continuamente con lo que ocurre en Europa y con lo que creen que debe ser la senda de la novela» (p. LVII). El *objetivismo realista* que le atribuye Comellas a la autora de *Clemencia* es del linaje de Goethe, y su pretensión de «poetizar la verdad», conciliando realismo e idealismo, que viene de Hegel, la llevan a rehuir un corolario posible, tal vez más que el que adoptó como talante narrativo, el del relativismo escéptico y la ironía que lo permea, que para la prosa encarna Larra (última que él no escribiese ninguna novela de costumbres contemporáneas), y para la novela, conspicuamente, Balzac. El antídoto será el material folklórico.

«La influencia francesa y las técnicas de la mimesis realista», «Contra la invención del genio: una antinovela verdadera», «Reflexiones e ironías novelescas» son otras tantas etapas de imponente argumentación cuyos méritos no podemos concretar con la virtud a que son acreedores en tan escuetos párrafos. La parte introductoria se completa con «Las obras de Fernán Caballero», es decir, con el repaso de novelas, relaciones y cuadros de costumbres pero también del folclore y del tramo final de la carrera en las letras de Fernán, que moriría habiendo superado los ochenta años.

Es de gran interés el reparar en la «Complejidad de la trayectoria editorial» de la autora de *La Gaviota* y tener en cuenta los «Criterios de edición y anotación» aquí puestos a contribución. Prueba de la buena factura de este libro prodigioso es lo escaso y anecdótico de las erratas que en él aparecen, aspecto este que habla, si cabe mayor excelencia, aún mejor del trabajo de Mercedes Comellas. Leves, muy leves, son las que se deslizan en pp. XVI, XIX, XXXVIII n74, L, LVI n119, LXI n132, LXXVI n172 y arriba, XCIV, CLIV, CLVII, CLVII n349, CLXV, CLXVII n349, 12n12, 25n25, 30n34, 34n45, 45n60, 53n73, 60n84, 68n100, 92n144, 113n175, 115n176, 141n225, 162n259, 177n302, 201n362, 202n363, 215n388, 255n466, 281n493, 288n508, 291n514, 319n50, 330n70, 334n78, 337n82, 404n179, 405n180, 431n24, 455, 460n104, 477, 519, 527n44, 530n54, 534n61, 547n1, 554n29, 555n31, 556n34, 579n89 y 583n98. Se reiteran algunas explicaciones lexicográficas como la de «alcarraza». En p. 576, no ha de suponerse «contenidas» sino darse la lección «contestes», que la editora anota al pie y sin embargo no incorpora. Fernán parece contagiar a Comellas algún uso leísta (p. 583n98).

Los «Criterios de edición y anotación» que se explicitan incluyen la historia editorial de cada texto en sendas introducciones a las obras. «Todas ellas —explica Comellas— conocieron la última versión corregida por la autora en la segunda edición de sus obras en la imprenta de Francisco de Paula Mellado y que es legítimo considerar definitiva, razón por la que se siguen en cada uno de los títulos» (p. CLXVII). Tras su aparición en periódicos, y su salida en 1856, tuvieron una definitiva puesta en limpio, con nuevas correcciones y variaciones, a partir de 1861, esto es, en la

segunda versión de Mellado, depósito de autocorrecciones inducidas por las críticas, a las que tan sensible fue Fernán. Más de diez años de reflexión y rumia después de su primer brote en las planas periodísticas, pues. El aparato de variantes recoge todas las de las ediciones anteriores, incluidas las de prensa, a excepción de la de *El Heraldo de La Gaviota*, –cuyo prólogo sí es cotejado y demuestra que la primera intención era la de que la novela iba destinada a lectores extranjeros, por ser estas de enorme envergadura, ya que a la autora no le resulta satisfactoria por intromisiones de Fermín de la Puente que no aprueba. Por otro lado, los criterios editores dicen respetar y transcribir tal cual «los errores comunes que reflejan los errores culturales de la autora» (p. CLXVIII), aspecto este harto difícil de establecer en algunos casos.

Son especialmente oportunas, clarificadoras y sagaces las notas que acompañan a los textos y las de la Introducción. La editora maneja una muy meditada y actualizada bibliografía, sopesando matizadamente sus aportaciones, incorporándolas a su discurso exegético para dar siempre un paso más allá. No podemos sino ponderar la justeza de las aseveraciones y su oportuna integración en la tesis que esta edición proyecta con éxito: la de una escritora que prueba nuevas formas narrativas sometiénolas a la idea rectora, moderada, de «poetizar la verdad» sin menoscabo de una mimesis realista. Ideológicamente comprometida, su fórmula no resultaría lastrada por ese elemento partidista en la medida en que logra plantear personajes vívidos e intensos, dotados de un discurso propio, examinados en su especificidad psicológica. Balzac y las fisiologías habrían sido sus referentes positivos; la novela social, también de estirpe francesa y aclimatada en España en la compleja década de los 40, y el folletín los negativos.

El tamaño de los tipos, la menudísima letra en que se vuelca esta edición excelente, puede ser un elemento incómodo a lo largo de más de seiscientas páginas. Es obstáculo que, sin embargo, olvida quien la lee y anota con fruición, llevado de su extraordinario empuje y de la rica y bien modulada, al tiempo que innovadora, recontextualización de Fernán en el canon realista.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA